

blecían los modos de dejar a salvo lo que de justo y decoroso contienen esas preocupaciones y, por otra parte, bien pueden venir a caso, entre nosotros, las palabras del norteamericano Adolph Berle en una conferencia convocada hace poco por la Asociación Interamericana de la Prensa: “No intervención no significa nunca que no puede haber intervención por medio de las ideas”.

Y ésta es la función específica de los hombres de pensamiento que aquí se han reunido, pues si los regímenes dictatoriales implantados en nuestra América se entienden mutuamente a sus anchas y se prestan servicios recíprocos de represión, del mismo modo —en planos superiores, desde luego— deben prestar-

se mutuos auxilios las fuerzas democráticas que en nuestro continente corren una misma suerte y son los hombres de pensamiento liberal, democrático, quienes deben orientarlas y conducir las hacia al entendimiento unánime creador de fuerza solidaria.

Porque si nadie podía dudar de la claridad de inteligencia que brillaría en las deliberaciones de esta asamblea, a nadie, tampoco, debe inducirlo el pesimismo a repetir, por este caso, aquellas palabras del Grande Hombre de América que fue el Libertador de mi patria: “El talento sin probidad es un azote”.



## RECORDATORIO: FOTOS DE CARNÉ: BLAS DE OTERO

FERNANDO QUIÑONES

Publicado en la revista *Zurgai*, Bilbao, noviembre de 1988. Número dedicado a Blas de Otero.

No en el tipo feble, un tanto chepudillo, sino en el perfil del rostro y el corte de pelo, algo había de medio centro bilbaitarra en sus partidos finales, compadre de Zarra y de Piru Gainza en correrías al área de gol.

Dos cosas le pesan a uno ahora: no haber reconocido a Blas la última vez que lo vi, en la presidencia de la populosa cena madrileña con que se festejó en el 77 el retorno de los Alberti, y el corto lugar que algunos vienen dándole en su tierra porque no escribió en euskera y, me temo, por su inacabable querer a España entera; desdén aún menos comprensible si se recuerda, sin que lo estorben fanatismos, no ya la vigente dimensión y hermosura de su poesía, sino su inquebrantada conducta: a vasco y a rojeras, a rebelde y a echarle más pelotas a serlo, ¿quién? Además, dando la cara.

Amasaba toda la fuerza y la pesadumbre que en muchos puedan caber; tan lo suyo era un tono supervital, alegre, cálido, como oscuros y raudos desalientos, ese “justo pesimismo” detectado en otros autores por el Borges que será un facha y nada más para quienes hoy silencian a Blas (sé lo que digo) en ágoras e ikastolas. De ahí que en el Bilbao en que lo traté al principio en cuatro o cinco viajes, no entendiese el chaval que yo era aquellos batacazos de cara y ánimo, sus saltos de la felicidad a la depre. Como cuando, en la cola dominguera de un cine céntrico bilbaíno para ver con el pintor Morquecho *El salario del miedo*, nos dijo adiós de golpe casi llegados ya a la taquilla y no se dejó ver en tres días luego de haber convivido otros tres a sol y sombra. La misma mañana de aguas en que, por primera vez, llamé a su puerta de la Alameda de Recalde, le aclaré algo

a mi tonta bisoñez, que le preguntó cómo un comunista de su fe no iba en solidarias alpargatas obreras. Y:

*-No es eso. Se trata de que todos lleven zapatos. Todavía no ves. También yo estaba nada más que en lo mío y un buen día vi. Como cuando sube el telón en el teatro y empiezas a verlo todo, ¡así de pronto!*

Cuánto vaivén, solos o con otros, por el Bilbao de sus apegos y sus descontentos, el de su oda:

*Laboriosa ciudad, salmo de fábricas  
donde el hombre maldice mientras rezan  
los presidentes de Consejo, oh Altos  
Hornos, infiernos hondos en la niebla.*

Tardes de Neguri, versos, sardinadas y txacolí, sus reniegos de —y su amor por— Unamuno, los bailes de chachas en Archanda con el bocho a los pies, movidas nocturnas por El Arenal, chiquiteos a la sombra ferruginosa de San Antón. O, si yo andaba con pelas frescas, la alta calle de Las Cortes y la luz de sus burdeles infalibles; detrás del sirimiri, “cuerpo de la mujer, fuente de llanto”...

Hace poco que le pasé a su esposa, Sabina, la foto vestido de torero con cuatro o seis años que Blas me dedicó en Octubre del 53 (“Al poema, como al toro, con valor y gracia, Fernando”), y que conté en una mesa redonda el matiz entre tristón y cachondo, pero de algún modo orgulloso, con que me definió la estética urbana de Bilbao señalándome desde el tren un enorme, circular y herrumbroso armatoste metálico en el gris rojizo de la ría:

*-Eso es nuestra octava real y nuestra Alhambra.*